

quiere hacer patente que, con la nota titulada *Las comunicaciones ferroviarias de Galicia*, publicada en la «Crónica» correspondiente al número de 1.º de enero, no ha tratado de lastimar los intereses de la hermosa capital de Galicia, que con la petición que ha formulado da prueba evidente de sus ansias de progreso; y, alejada de cuestiones de carácter local, in-

siste en que éstos, como otros intereses tan sagrados como éstos, *pueden tener satisfacción fuera de la órbita del asunto principal*, según textualmente decíamos en la «Crónica» a que hemos aludido, y que, al igual que todo el trabajo que corresponde al deber informativo de esta REVISTA, carece de firma, por la índole del mismo.

A propósito de la segunda enseñanza

Agítase hace algún tiempo entre nosotros la magna cuestión de la reforma de la enseñanza, cuestión sin duda de importancia evidente, pero de aspectos varios y que no deberá ser tratada a la ligera si se ha de dar solución acertada y oportuna a los múltiples y difíciles problemas que plantea.

No hemos, pues, de pretender en este artículo tratarla en toda su extensión, ni menos resolverla, y si sólo exponer algunas consideraciones, sugeridas por ciertas campañas del momento, que hemos de examinar someramente desde el punto de vista de la ciencia y de la profesión del ingeniero.

Dentro de este propósito, hemos, naturalmente, de prescindir de la primera enseñanza, cuyos objetivos generales se encuentran un poco lejos de la especialización profesional. Tampoco hemos de tratar, por de pronto, de la enseñanza técnica superior, cuyas orientaciones son menos discutidas fuera del círculo de los especialistas. Nos limitaremos, pues, a la segunda enseñanza, antecedente obligado de todas las profesiones liberales y objeto más principal de las campañas de referencia.

Hay un punto, desde luego, sobre el cual todo el mundo está de acuerdo: el bachillerato actual no responde a las exigencias de la cultura moderna. Un distinguido profesor resumía, no hace muchos años, nuestra situación en la materia en la siguiente forma: un 90 por 100 de los catedráticos de Instituto son hombres de conocimientos suficientemente extensos, un 90 por 100 de los alumnos son capaces de una provechosa enseñanza y, sin embargo, no pasarán del 25 por 100 los bachilleres que posean una cultura aceptable. Sin responder de la precisión de las cifras, habrá, por lo menos, que reconocer la realidad del contraste.

Resultados tan deficientes han contribuido a hacer indispensables los exámenes de ingreso en las Escuelas especiales, a pesar de que, por lo menos en algunas—la de Caminos en particular—se exige, como requisito previo, certificado de aprobación de las materias que comprende el grado de bachiller. Si éste respondiera plenamente a lo que rezan los programas, holgarían ciertos ejercicios y pruebas, motivos hoy de copiosa eliminación, y esto no sólo en materias puramente científicas, sino también en temas de cultura general.

Pues este examen de ingreso exige, en la mayoría de los casos, una preparación de dos años por lo menos. No será, ciertamente, excesiva si es eficaz, pero pone de relieve la ineficacia del bachillerato que le precede. Y tampoco hay que pensar que todo se remediaría alargando ese bachillerato, porque las deficiencias apuntadas no se refieren exclusivamente a la extensión de las materias, sino, más especialmente, a la concepción justa y plena y al manejo

juicioso y desembarazado de las nociones elementales. No es cuestión de programas: es cuestión de método y de disciplina intelectual; es cuestión también de severidad en las pruebas.

Y aquí está precisamente la dificultad del asunto. Es muy fácil cambiar un cuadro de asignaturas: basta una simple orden llevada a la *Gaceta*; porque ello podrá, tal vez, producir perturbaciones, pero tratándose de la enseñanza secundaria, es claro que no llegara a exceder los límites de la capacidad ni de la preparación del profesorado. Pero el cambiar los métodos, el imponer la disciplina, el luchar contra las poderosas influencias que se oponen a un rigor saludable y a una selección severa, que es lo que ha de dar realmente valor a los títulos oficiales, eso no se consigue ni con buenos propósitos ni con reglamentaciones sabias, sino con una labor enérgica y continuada, que constantemente persiga el abuso y la debilidad y que no comprometa la certeza y la estabilidad del resultado por la impaciencia de conseguirlo, que, al fin y al cabo, no es posible escapar en estos asuntos a la ley que impone el tiempo como condición de vida.

Mirada la cuestión desde este punto de vista, ¿qué hemos de pensar del dilema que algunos plantean? ¿La segunda enseñanza, ¿deberá ser clásica o moderna? La segunda enseñanza deberá, ante todo, ser eficaz. Pero, para ser eficaz, hay quien cree, y es la tesis que viene insistentemente sosteniendo el distinguido publicista Sr. Maeztu, que han de servirle de apoyo los pilares insustituibles del latín y el griego, que, con las matemáticas, completan, a su juicio, el círculo de las actividades esenciales de la inteligencia: las matemáticas, para el desarrollo del razonamiento lógico, riguroso, preciso; los idiomas clásicos, para la investigación conjetural y probable.

No he de negar, ciertamente, las virtudes educativas de ambas disciplinas, y estoy, desde luego, de completo acuerdo en lo que a las matemáticas se refiere.

Mi asentimiento tiene que ser más condicionado en lo que toca a los idiomas. Es indudable que el estudio de las lenguas, haciendo mejor comprender las limitaciones del idioma propio, puede revelar horizontes nuevos y servir así de estímulo al pensamiento. Por eso, cuéntase que decía nuestro Carlos I que un hombre tenía tantas almas como idiomas hablaba. Pero esto no es privativo de las lenguas muertas, aunque ellas exijan mayor esfuerzo de comprensión que algunos idiomas modernos demasiado afines al propio.

Para justificar la elección, se alega el valor artístico y documental de las viejas literaturas, reveladoras del pensar y del sentir de las sociedades donde se engendraron los orígenes de nuestra civiliza-

ción, se llama la atención sobre nuestro parentesco lingüístico con esos idiomas extinguidos y se presenta; finalmente, como argumento supremo, la experiencia de Europa, y muy especialmente de aquellos países que van a la cabeza de la cultura en el mundo.

No basta todo ello a convencerme. Aun dando por sentado, y sería mucho conceder, que hubiera de sernos de gran utilidad esa íntima compenetración, que la traducción no permite, con sentimientos y opiniones que no lograron salvar de la ruina a aquellas venerandas sociedades, ¿es que podemos estar seguros de entrar tan de lleno en su alma? Con razón decía recientemente Gilbert Wood, en *London Mercury*: «Se sabe, por lo general, muy bien lo que Platón ha dicho; lo que ha querido decir, es a menudo discutido; pero lo que hubiese dicho en relación con los problemas políticos y sociales de la hora actual, sólo muy rara vez podrá ser sugerido, y ello puede servir de ilustración de todas las lagunas y escollos de la enseñanza clásica, tal como se la comprende hoy.»

No es de mayor peso la ascendencia latina de nuestro idioma, pues, de ser válido el argumento, no habría que parar hasta la presunta primitiva lengua aria, si es que no derivábamos algunas excursiones hacia las otras ramas lingüísticas que, más o menos, han marcado su influencia en la formación y desarrollo de nuestra lengua nacional. Fácil sería demostrar con ejemplos que se puede manejar muy bien el castellano sin conocimientos demasiado profundos del latín y que éstos no bastan para evitar solecismos e influencias dialectales. Así se reconoce aun por los especialistas. Cuando, hace algunos años, se discutía esta cuestión en Francia, y precisamente en una conferencia en que se abogaba por la conservación del latín en la enseñanza, decía Levy-Wogue: «Se ha abusado un poco del argumento que hace del latín la clave de la lengua francesa... Lo más a menudo, este estudio no es indispensable para manejar el francés con delicadeza y precisión.»

Y ¿qué decir de la experiencia de Europa? La experiencia, para tener algún valor en estas materias, no ha de reducirse a una práctica continuada, que también se da en la rutina, sino que ha de ser el resultado de una comparación minuciosa con un término ideal claramente definido. La simple preferencia de los educadores no puede ofrecer plenas garantías, porque difícilmente se verá libre de preocupaciones de oficio.

Se comprende, además, que donde la enseñanza clásica ha dado buenos resultados, más por lo que tiene de enseñanza que por lo que tiene de clásica, se resista al cambio, porque la organización está creada, el espíritu vivo y cualquier mudanza supone un riesgo. También lo hay en inmovilizarse, pero siempre cabe ir introduciendo lentamente modifica-

ciones que hubieran de consolidarse a medida de su eficacia.

Donde nada de eso existe, el adoptar, sin más examen, el extraño modelo, es condenarse a arrastrar el peso muerto de una tradición exótica que carecerá del vigor que tienen las tradiciones cuando son propias, pero que será, para ulteriores progresos, una fuerza retardatriz, como lo son siempre todas las tradiciones.

Descartando, pues, esos argumentos, en mi opinión nada concluyentes, yo echo de menos, en la fórmula del Sr. Mactzu, aquellos conocimientos y aquellas disciplinas que hubieran de poner al educando en íntimo contacto con el mundo en que ha de vivir. Admirable instrumento de análisis son las matemáticas; sus aplicaciones tienden a infiltrarse cada vez más por todo el campo científico; pero, consideradas aisladamente en su forma pura, no contienen más que abstracciones sutiles, que nociones límites, en las que la naturaleza se despoja de todas sus complejidades para ver sólo alguno de los aspectos parciales que se encierran en la suntuosa síntesis.

Dignas son también de meditación y estudio, siempre que este estudio no sea demasiado exclusivo, las sociedades que vieron nacer con sentido propio nuestras ciencias y nuestras artes; pero no olvidemos tampoco que el mundo ha corrido mucho en dos mil años y, sobre todo, desde que gracias al genio y al valor hispano se borraron los inciertos límites de la vieja geografía, dando lugar a nuevas concepciones que la antigüedad no pudo vislumbrar siquiera.

El debido contrapeso, cuando no el eficaz sustituto, podría encontrarse en las modernas literaturas, que, si menos espontáneas, son, sin duda, más ricas en idealidad y en expresión, y están, desde luego, mejor adaptadas a nuestro actual sentir; y en el terreno objetivo y científico, sin prescindir de las matemáticas, que son la forma insustituible del conocimiento preciso, sería necesario también conceder un lugar importante a las ciencias naturales, únicas que pueden darnos a conocer el mundo en toda su inextricable complejidad.

Sólo así podrá formarse un espíritu verdaderamente equilibrado y capaz de reaccionar con eficacia sobre la naturaleza que le rodea y sobre la sociedad en que vive. Este íntimo sentido de la realidad, tan indispensable en el hombre de acción, debe ser una de las características predominantes en el ingeniero. Y no en el ingeniero sólo. Otra sería, quizás, la suerte del mundo si este espíritu irradiara con la intensidad debida sobre las demás disciplinas. En medio de los peligros que amenazan a nuestra civilización, sólo en una justa apreciación de las realidades exteriores pueden encontrarse las defensas que en vano se buscarían en un estéril lirismo y en un abogadismo infecundo.

Pedro M. GONZALEZ QUIJANO
Ingeniero de Caminos